

mentable como símbolo de toda navegación imposible y abandonada. ¡Ah! ¡Ruina de río, tan muerta como aquellas otras ruinas de que se cansó de bañar el polvo durante tantos siglos! ¡Y qué evocación la de esos siglos de historia, que las aguas amarillentas habían reflejado; cuántas cosas y cuántos hombres hacia los que experimentaron asco ó cansancio, hasta el punto de haberse tornado tan pesadas, tan mudas, tan solitarias con su deseo de la nada!

Allí fué donde, una mañana, reconoció Pedro á la Pierina en pie tras uno de los barracones de madera que habían servido para guardar herramientas. Alargaba la cabeza y miraba fijamente, tal vez desde hacía muchas horas, la ventana del cuarto de Darío, en la esquina del muelle y de la callejuela. Asustada, á la cuenta, por el severo recibimiento que la dispensara Victorina, no se había vuelto á presentar en el palacio á preguntar cómo seguía el herido; pero se iba á aquel sitio y allí pasaba horas enteras, y hasta días, habiendo sin duda preguntado á algún criado cuál era la ventana, esperando delante de ésta y sin cansarse una aparición, un signo de vida y de salvación cuya sola esperanza hacía que latiese con fuerza su corazón. Acercóse el abate á ella sintiéndose infinitamente conmovido al verla ocultarse de aquella manera, tan humilde, tan temblorosa, con su emoción y con su regia belleza. En vez de reprenderla, de echarla de allí, conforme se lo habían encargado, se mostró muy cariñoso y muy jovial, hablándola de su familia lo mismo que si no la hubiese sucedido nada y se las compuso de tal manera para pronunciar el nombre de Darío, que la dió á entender que antes de quince días ya podría levantarse. Al principio sobresaltóse, mostróse huraña, desconfiada y pronta á echar á correr: mas luego, cuando comprendió, de sus ojos escapáronse algunas lágrimas y riéndose, feliz y alegre, envióle un beso con la punta de los dedos, diciéndole: ¡Grazie, grazie! «Gracias, gracias» y echó á correr. Jamás la volvió á ver.

Y fué también una mañana cuando Pedro, en ocasión en que iba á decir su misa á Santa Brígida, en la plaza Farnesio, experimentó una gran sorpresa al encontrar á hora tan temprana á Benedetta que salía de aquella igle-

sia llevando en la mano un frasco lleno de aceite. No se cortó ni se apuró en el primer momento, explicándole desde luego que cada dos ó tres días iba allí para que el sacristán la facilitase unas cuantas gotas del aceite que alimentaba la lámpara que ardía ante la antigua estatua en madera de la *Madona*, en la que tenía una confianza absoluta. Confesó más, dijo que no tenía confianza mas que en aquella, porque no había obtenido nada de cuando se había dirigido á otras que sin embargo, tenían mucha reputación y que eran *Madonas* de piedra y hasta de plata. Así que una devoción ardiente, toda su devoción en realidad, inflamaba su corazón tratándose de aquella santa imagen que no la negaba nada. Y, con mucha sencillez, como si se tratase de la cosa más natural del mundo, y fuera de discusión, afirmó que eran aquellas gotas de aceite, con las que mañana y noche frotaba la herida de Darío, las que apresuraban la curación de éste, tan pronta y de hecho milagrosa. Sobrecogido, desolado Pedro al observar que aquella criatura tan admirable por su prudencia, pasión y gracia, profesaba una religión tan infantil, no se permitió siquiera sonreír.

Todas las tardes, al volver de su paseo, cuando iba á pasar una hora en el cuarto del convaleciente Darío, empañábase Benedetta en que contase lo que había hecho durante el día, para distraer de esa manera al herido, y lo que narraba, sus asombros, sus emociones, sus cóleras á veces adquirían un triste encanto en medio de la calma ahogada de la habitación. Pero, sobre todo cuando se atrevió á salir del barrio, cuando se sintió cada vez más atraído por la belleza de los jardines romanos, á los que iba en cuanto abrían las puertas, para tener la seguridad de que no iba á encontrar á nadie, cambiáronse sus impresiones, y fueron sensaciones entusiastas de las que dió cuenta; todo un amor y embeleso por los bellos árboles, las murmuradoras aguas y las terrazas que se abrían ante sublimes horizontes.

No fueron los más extensos entre aquellos jardines, los que más le impresionaron, llenando su corazón. En la villa Borghese, pequeño bosque de Boulogne de Roma, había arboledas majestuosas, paseos regios, á los que los coches iban á dar vueltas por las tardes, antes de dar el

obligado paseo por el Corso; le conmovió aún más el jardín reservado que había delante de la villa, de esa villa de un lujo de mármol deslumbrador y en la que se encuentra hoy el museo más hermoso del mundo; hay allí un sencillo tapiz de fino musgo, un gran pilón central, dominado por la desnuda blancura de una Venus y gran número de fragmentos de antigüedades, vasos, estatuas, columnas, sarcófagos, todo ello colocado simétricamente en cuadro y sin más adorno que aquella hierba desierta, soleada, melancólica. En el Pincio, á donde volvió, disfrutó de una mañana deliciosa y comprendió entonces el encanto de aquel estrecho rincón con sus árboles raros, siempre verdes, con su vista admirable, todo Roma y San Pedro en lontananza, en una claridad tan tenue, tan límpida, espolvoreada de sol. En la villa Albani, en la villa Pamphili, volvió á encontrar los magníficos pinos parasoles, con su gracia gigante y altiva, las poderosas encinas verdes de retorcidas ramas y negra hoja. En la última villa sobre todo, las encinas inundaban los paseos con una semiluz deliciosa y el pequeño lago convidaba al ensueño en sus orillas adornadas de sauces llorones y sus macizos de rosas, su parterre en pendiente, desarrollando un mosaico de un gusto barroco, complicado dibujo de arabescos y de rosas coloreado por la diversidad de hojas y de flores.

Y lo que llamó más la atención en ese jardín, el más noble, el más vasto y mejor cuidado, fué, al bordear una pared bajita, volver aún á ver á San Pedro bajo un aspecto nuevo y tan imprevisto, que se llevó para siempre en su memoria la simbólica imagen. Roma había desaparecido por completo y no quedaba allí, entre las pendientes del monte Mario y otra ladera cubierta de árboles que ocultaba la ciudad, más que la cúpula colosal que parecía colocada sobre bloques esparcidos, blancos y rojos. Eran los islotes formados por las casas del Borgo, las amontonadas construcciones del Vaticano y de la basílica que dominaba, que aplastaba con la cúpula desmesurada que se destacaba con tonos grises azulados sobre el claro azul del cielo, mientras que, á sus espaldas, á lo lejos, hacia una vista azulada de ilimitada campiña y muy delicada de tono,

Pedro sintió, empero, aun más el alma de las cosas en los jardines menos suntuosos y de una gracia más cerrada, ¡ah! la villa Mattei, en las pendientes del Caelio con su jardín distribuido en terrazas, sus paseos íntimos que bajaban bordeados por aloes, laureles, arbustos y gigantes bojes amargos recortados para que presentasen diversas formas, sus naranjos, sus rosales y sus fuentes, ¡qué hermoso espectáculo! Pasó allí horas adorables y no experimentó una sensación semejante, hasta que visitó el Aventino y sus tres iglesias que se pierden entre la fronda; sobre todo en Santa Sabina, cuna de los dominicos y cuyo jardincito, cerrado por todas partes, sin vista alguna, duerme con una paz tibia y olorosa con sus numerosos naranjos en medio de los cuales descuella colosal y nudoso el de Santo Domingo, árbol que, á pesar de los años, está cargado de aromático y maduro fruto.

Después, al lado, en el Priorato de Malta, el jardín por el contrario tiene un horizonte inmenso; sus muros de contención córtanse á pico sobre el Tiber cuya corriente enfila por completo, lo mismo que las fachadas y los tejados que se oprimen á ambos lados hasta llegar á la lejana cima del Janículo. En los jardines de Roma había en todos ellos los mismos bojes amargos recortados, los eucaliptos de tronco blanco, hojas pálidas, largas como cabelleras, las verdes encinas nudosas y sombrías, los gigantes pinos, los negros cipreses, los mármoles blanqueando en medio de macizos de rosas, de murmuradores surtidores que se deslizaban bajo mantos de hiedra. Y no experimentó en ninguna parte alegría más tiernamente enternecida que en la villa del papa Julio, cuyo pórtico abierto en forma de hemicírculo sobre el jardín, trasunto de toda la vida de una época sensual y amable que relata con su pintada decoración, su enrejado de oro cargado de flores á través de las cuales deslízanse velos sonrientes de amorcillos. Por último, la noche que fué al palacio desde la villa Farnesio, dijo que llevaba todo el alma de la Roma muerta y no fueron las pinturas hechas con arreglo á los cartones dibujados por Rafael, sino la linda sala de la orilla del agua, con aquella decoración azul, lila y rosa claros, de un arte sin genio, pero sí muy encantador y romano; fué también lo que le emocionó más el jardín aban-

honado, que en otros tiempos bajaba hasta el Tíber y que los nuevos muros de contención oprimían entonces; ese jardín de una desolación lamentable, saqueado, giboso, invadido por las plantas silvestres al igual de un campo santo, pero en el que, sin embargo, maduraban aún los dorados frutos de naranjos y limoneros.

Después, por última vez, tuvo su corazón una sacudida la hermosa tarde del día en que visitó la villa Médicis. Allí estaba en tierra francesa. Y en aquel aun maravilloso jardín con sus bojés, sus pinos, sus paseos á la par magníficos y encantadores, ¡qué refugio de meditación antigua aquel bosque en que las oscuras verdes encinas con sus hojas de bronce reluciente, lanzaban como chispazos de rojo oro y de luz al reflejar la del sol poniente! Es preciso subir por una escalera interminable y desde allá arriba desde el templete que domina, se posee con una mirada á Roma entera y lo mismo que si alargando los brazos se pudiese estrechar toda entre ellos. En el salón comedor de la villa, que adornan los retratos de todos los artistas pensionados que por allí pasaron, lo mismo que en la biblioteca, en ésta sobre todo, gran sala en que reina una calma profunda, se disfruta de una vista maravillosa, la más amplia y conquistadora, una vista de ambición desmesurada cuyo infinito debía contribuir á que los jóvenes allí encerrados sintiesen en su corazón la voluntad de poseer el mundo entero. Pedro, que había ido allí siendo hostil al «premio de Roma», á esa educación tradicional y reglamentada tan peligrosa para la originalidad, quedóse durante un momento seducido por aquella paz tibia, aquella límpida soledad del jardín y aquel sublime horizonte en que parecía se oía el batir de las alas del genio. ¡Ah! ¡Qué delicia! ¡Tener veinte años y vivir tres en medio de aquella dulzura infinita, entre las más hermosas obras humanas, decirse que se es aun muy joven para producir y reconcentrarse, buscar y aprender á gozar, á amar y á sufrir! Pero á continuación meditó y se dijo que no era aquella tarea de juventud, y que para gozar del deleite divino de semejante retiro de arte y de cielo azul, se necesitaba en verdad la edad madura, victorias ya ganadas y el comienzo del cansancio de las obras ya hechas. Habló con los pensionados y observó que, si almas juveniles

de ensueño y meditación, así como la sencilla medianía se acomodaban á una vida enclaustrada en el arte del pasado, todo artista de batalla, todo temperamento personal consumíase de impaciencia, con los ojos vueltos hacia París, abrasado por el ansia de hallarse cuanto antes en pleno fuego de producción y de lucha.

Y todos esos jardines, de los que Pedro hablaba con admiración por las noches, despertaban en Benedetta y en Darío el recuerdo del jardín de la villa Montefiori, á la sazón destrozado, y antes tan lleno de umbrías, en el que estaban plantados los mejores naranjos de Roma, todo un bosque de naranjos centenarios en el que habían aprendido á amarse.

—¡Ah!—exclamó la *contessina*.—¡Cuánto me acuerdo de la época de las flores y de aquel olor tan bueno, talmente fuerte, talmente embriagador, que una vez quedéme tendida en la hierba sin poderme levantar. ¿Te acuerdas, Darío? Me cogiste en tus brazos y me llevaste á la fuente donde se estaba tan bien y hacía tanto fresco.

Benedetta estaba, como de costumbre, sentada en el borde de la cama y tenía entre sus manos las del convalesciente que, al oírla, se sonreía.

—Sí, sí, me acuerdo... Te besé en los ojos y al fin los abriste... En aquellos tiempos no te mostrabas tan cruel y me dejabas que te besase en ellos siempre que se me antojaba; pero éramos unos niños y si no lo hubiésemos sido habríamos sido marido y mujer en seguida, en aquel gran jardín, en que había olores tan fuertes y en el que corríamos con tanta libertad.

Aprobaba Benedetta haciendo movimientos afirmativos con la cabeza y convencida de que sólo la *Madonna* los había protegido.

—Es muy cierto, es verdad... y qué felicidad más grande ahora que vamos á poder ser el uno del otro sin que los ángeles tengan que llorar.

La conversación volvía siempre al mismo punto; al asunto de la anulación del casamiento que todos los días adquiría un aspecto más y más favorable, y Pedro asistía todas las noches á sus alegrías y no le oía hablar más que de su casamiento, de sus proyectos, de sus goces de enamorados sueltos en pleno paraíso. Dirigida en aquella oca-

sión por una mano todopoderosa, *donna Serafina* podría llevar las cosas con más vigor, porque apenas pasaba un día sin que volviese con alguna buena noticia. Tenía empeño en terminar aquel asunto para la continuación y por el honor del apellido, puesto que Darío no quería casarse más que con su prima y que por otra parte aquel casamiento lo explicaría y lo excusaría todo, poniendo término á una situación por demás intolerable. El abominable escándalo, las continuas hablillas que trastornaban á la sociedad blanca y á la sociedad negra, contribuían á ponerla fuera de sí, tanto más, cuanto que comprendía la necesidad de una victoria decisiva ante la eventualidad de un cónclave posible en el que deseaba que el nombre de su hermano brillase con un esplendor puro, soberano. Esa secreta ambición de toda su vida, esa esperanza de ver á su raza dar un tercer papa á la Iglesia, no la inflamó jamás con una pasión tan grande, como si entonces hubiese sentido la necesidad de consolarse en su frío celibato desde que su única alegría en este mundo, el abogado Morano, la abandonaba de aquella manera tan cruel.

Vestida siempre con un traje de color obscuro, mostrábase tan activa, era tan delgada é iba tan encorsetada, que de espaldas, se la habría podido tomar por una joven, siendo ella el alma negra del vetusto palacio. Y Pedro, que la encontraba en todas partes, rondando como ama de gobierno cuidadosa y velando celosamente por el cardenal, la saludaba en silencio, sobrecogiéndole cada vez frío en el corazón al verla con el rostro tan seco, cortado por largas arrugas en cuyo centro campeaba la voluntariosa nariz de la familia. Pero *donna Serafina* apenas le devolvía el saludo, siendo completamente extraña y desdeñosa para aquel humilde clérigo al que sólo toleraba en su intimidad para complacer á monseñor Nani y no desagradar al vizconde Filiberto de la Choue que había llevado tan grandes peregrinaciones á Roma.

Poco á poco, y al observar todas las tardes la esperanza, la ansiosa alegría y la impaciencia de amor de Darío y *Benedetta*, acabó Pedro por apasionarse con ellos, deseando una solución pronta. El asunto tenía que volver á presentarse ante la congregación del Concilio, cuya decisión primera en favor de la nulidad del matrimonio quedó sin

efecto por haber pedido el defensor del matrimonio, monseñor Palma, en uso de su derecho, una ampliación de la prueba. Aparte de eso, semejante decisión tomada por un voto de mayoría, no la habría aprobado seguramente el Santo Padre. Se trataba, en suma, de conquistar votos entre los diez cardenales de que se componía la congregación, convencerlos, para obtener la casi unanimidad. La tarea era por demás ardua, porque la parentela de *Benedetta*, ese tío suyo cardenal, que parecía debía facilitar todo, contribuía á entorpecerlo, agravando las cosas en medio de las complicadas intrigas del Vaticano, de rivalidades que trataban de anular al papa posible, apelando para conseguirlo, á eternizar el escándalo, y á la conquista de esos votos era á lo que se lanzaba *donna Serafina* todas las tardes, dirigida por su confesor, el padre Lorenzo, al que iba á visitar á diario al Colegio Germánico, último refugio en Roma de los Jesuitas desde que habían dejado de ser los dueños de Jesús.

La esperanza del éxito se fundaba en que Prada, irritado, cansado con aquel pleito, había manifestado terminantemente que no se presentaría más. De tal manera le parecía odiosa y ridícula la acusación de impotencia que ni siquiera respondió á las repetidas citaciones, sobre todo desde que Lisbeth, su amante pública, á los ojos de todos estaba en cinta y llevaba en sus entrañas un hijo suyo. Callábase, pues, afectando no haber estado casado nunca por más que la herida de su deseo no saciado, de su orgullo de macho rechazado y despreciado, seguía en el fondo manando sangre, abriéndose continuamente con las historias sin fin que corrían de boca en boca y las dudas que acerca de su paternidad hacía circular la sociedad negra. Y puesto que la parte contraria desistía, desaparecía por su propio albedrío, se comprendía la esperanza de *Benedetta* y de Darío cuando todas las tardes, al volver *donna Serafina*, les anunciaba que creía haber ganado el voto de un cardenal.

El hombre terrible, el hombre que á todos asustaba, era monseñor Palma, el abogado de oficio elegido por la congregación para defender el sagrado lazo del matrimonio. Tenía derechos casi ilimitados, podía apelarse aun otra vez, y en todo caso hacer que el pleito durase cuanto se le

anfajase. Su primer escrito, en respuesta al de Morano, había sido terrible, poniendo en duda el estado de virginidad; citando científicamente casos en que mujeres que habían sido poseídas, presentaban las mismas particularidades de aspecto citadas por las comadronas; solicitaba además en su escrito que se procediese á un examen médico detenido por dos peritos que atestiguaran bajo la fe del juramento, y por último, declaraba que siendo la condición primera la obediencia de la esposa, la demandante aun cuando fuese virgen, no tenía fundamento para reclamar la anulación de su casamiento que no se había podido consumir por su resistencia. Y se anunciaba que en el nuevo escrito que preparaba se mostraría aún más implacable, de tal manera era absoluta su convicción. Ante tan hermosa energía de la verdad y de la lógica, iba á ser lo peor, el que los cardenales, ni aun los más benévolos, no se atreverían jamás á pedir la anulación del matrimonio al papa. Por esto el desaliento empezaba á apoderarse otra vez de Benedetta cuando *donna Serafina* al regresar de una visita hecha á monseñor Nani la tranquilizó un poco, diciéndole que su amigo común se había encargado de visitar á monseñor Palma; pero que esto sin duda costaría muy caro. Monseñor Palma, teólogo muy avezado á toda clase de cuestiones canónicas y hombre de intachable honradez, había tenido una gran pena en su vida: la de tener una sobrina pobre y de admirable belleza de la que se enamoró locamente en su edad madura y para evitar el escándalo tuvo que casarla con un ganapán que la pegaba y saqueaba. Las apariencias seguían siendo dignas, mas el prelado pasaba á la sazón por una crisis tremenda, cansado de dar cuanto tenía, y no quedándole ni el dinero necesario para sacar á su sobrino de un mal paso, de una trampa hecha en el juego. Y el hallazgo fué salvar al sobrino pagando la deuda y obtenerle en seguida una colocación, sin pedir nada á su tío, que una noche, á hora muy avanzada, como si se convirtiese en cómplice, fué llorando á dar las gracias á *donna Serafina* por su bondad.

Aquella noche hallábase Pedro haciendo compañía á Darío, cuando entró Benedetta riendo y palmoreando alegremente.

—¡Está hecho! ¡Está hecho! Ahora sale del cuarto d

mi tía á la que juró eterno reconocimiento. Hele ahí ahora obligado á ser amable.

Menos confiado, preguntó Darío:

—Pero, ¿le han hecho firmar alguna cosa? ¿Se ha comprometido formalmente?

—¡Oh! ¿Y cómo quieres que se hiciera eso? ¡Es tan delicado! Se asegura que es un hombre honradísimo.

Benedetta empezó, sin embargo, á experimentar nueva inquietud. ¿Y si monseñor Palma, á pesar de la importancia del gran servicio recibido, siguiese siendo incorruptible? Esa idea les preocupó desde entonces y su espera empezaba de nuevo.

—Lo que no te he dicho aún—añadió Benedetta pasado un momento en silencio—que me decidí al cabo al dicho reconocimiento. Sí; esta mañana fui á casa de dos médicos con mi tía.

Sonreíase Benedetta y no parecía cortada en lo más mínimo.

—¿Entonces?...—preguntó Darío con la misma tranquilidad.

—Entonces, ¿qué quieres? Pues han visto que yo no menta y han redactado cada uno una especie de certificado en latín... Esto parece que es indispensable para que monseñor Palma cambie de opinión.

—¡Ah! ¡Ese latín, señor abate! Habría deseado saberlo y me acordé de vos para que tuviérais la amabilidad de traducírmelo; pero mi tío no quiso dejar los documentos é inmediatamente se han unido á los autos.

Limitóse el presbítero muy apurado á contestar con un signo afirmativo hecho con la cabeza, porque no ignoraba lo que eran esa clase de certificados; una descripción clara y completa, en términos precisos, con todos sus detalles de estado, de color y de forma. Los amantes no perdían allí para nada el pudor, pues sin duda les parecía muy natural ese examen, puesto que de él dependía toda la felicidad de su vida.

—Y por último—dijo Benedetta—confiemos en que monseñor Palma será agradecido y mientras tanto, Darío mío, córate pronto para cuando llegue el hermoso día, tan deseado, de nuestra dicha.

Había cometido la imprudencia de levantarse demasiado pronto y su herida se había vuelto á abrir, lo que le iba á obligar á guardar cama durante unos cuantos días más. Y Pedro volvió al atardecer, á hacerle compañía y á distraerle contándole sus paseos. Enardecíase entonces, recorría los baños de Roma y descubría con embeleso las clásicas curiosidades catalogadas en todas las *Guías*. Así fué como en una velada le habló con una especie de ternura de las principales plazas de la ciudad, que al principio se le figuraron de poca monta y que á la sazón parecíanle más diversas teniendo cada una profunda originalidad: la plaza del Pópolo, tan soleada, tan noble con su monumental simetría; la plaza de España, el punto de reunión tan animado de todos los extranjeros, con su doble escalera de ciento treinta y dos escalones, dorada por los estíos y de una amplitud y de una gracia gigantescas; la plaza Columna, vasta, siempre hormigucante de pueblo, la más italiana, con su multitud indiferente llena de pereza y de insuficiencia esperanza, en pie ó charlando alrededor de la columna de Marco Aurelio y esperando á que la fortuna les caiga del cielo; la plaza Navona, larga, regular, desierta desde que el mercado dejó de celebrarse allí y guardando el melancólico recuerdo de su animada vida de antaño; la plaza del Campo de Fiori, invadida todas las mañanas por el tumulto del mercado de frutas y por el de legumbres y verduras por toda una plantación de grandes paraguas, colosales montañas de tomates, pimientos, uvas y géneros de todas clases en medio de una ola chilladora de vendedoras y compradoras. La sorpresa grande la experimentó en la plaza del Capitolio, que evocaba en él la idea de una cima, de un alto, de un lugar descubierto desde el que se dominase la ciudad y el mundo y se encontró con un espacio cuadrado, pequeño, encerrado entre tres palacios, abierta sólo por un lado sobre un horizonte muy limitado y cortado por algunos tejados. Nadie pasaba por allá y hay que subir por una rápida rampa que bordean algunas palmeras y que únicamente los forasteros hacen un rodeo para llegar en coche hasta arriba. Los vehículos esperan y los ansiosos viajeros páranse un momento con la nariz al aire ante el admirable bronce antiguo, el Marco Aurelio á caballo que está colocado en el centro. A eso de

las cuatro, cuando el sol dora el palacio de la izquierda y se destacan sobre el cielo azul las finas estatuas de la cornisa, diríase se halla uno en una plaza de provincias, con sus mujeres de la vecindad que hacen media, sentadas bajo el pórtico y sus bandadas de chiquillos mal trajeados sueltos allí como escuela á la hora de recreo.

Y otra velada manifestó Pedro á Darío y Benedetta cuán grande era la admiración que le producían las fuentes de Roma, la ciudad del mundo en que las aguas corren con más abundancia y magnificencia entre el mármol y el bronce; desde la Navecilla de la plaza de España, el Tritón del la plaza de Barberini; las Tortugas de la estrecha plaza á que dan su nombre, hasta las tres fuentes de la plaza Navona, en cuyo centro triunfa la vasta composición de Bernin, y sobre todo la colosal fuente de Trevi, de gusto fastuoso y que domina el dios Neptuno entre las estatuas de la Salud y de la Fecundidad. Otra noche regresó muy gozoso manifestándoles que al cabo había conseguido explicarse el efecto singular que le producían las calles de la antigua Roma, alrededor del Capitolio y á lo largo del Tíber, en donde en todas partes las casuchas se agrupaban en los costados de los palacios de los príncipes y era el que aquellas calles no tenían aceras y los peatones iban por el centro, sin apresurarse, cruzando por entre los coches, sin ocurrírseles jamás la idea de escurrirse por las dos orillas y por el lado de las casas. Barrios antiguos de que estaba enamorado, calles que sin cesar se desarrollaban con continuas vueltas, estrechas é irregulares plazas, palacios enormes y cuadrados y como desaparecidos entre la multitud empujante de casuchas que por todas partes inundaba.

El barrio del Esquilino le sorprendió también al encontrar por todas partes escaleras que suben, empedradas con guijarros grises y orlado cada escalón con bordillo de piedra blanca, con sus brucas pendientes que dan vuelta, sus terrazas que se extienden, sus conventos y seminarios de cerradas ventanas lo mismo que habitaciones muertas, y una elevada y desnuda tapia, encima de la cual asoma una soberbia palmera en el azul sin mancha del cielo. Y otra noche contó que, habiendo llevado más lejos su paseo, hasta la Campiña, á lo largo del Tíber, aguas arriba

del puente Molle, volvía entusiasmado por haber tenido la revelación de un arte clásico de que hasta entonces, apenas había disfrutado. A lo largo de las orillas de un río amarillento, acababa de ver varios pollucos que seguían á sus cluecas: río lento, las orillas bordeadas de matorrales, bajos acantilados, recortados, cuya blancura yesosa se destacaba sobre los rojos fondos de la inmensa ondulante llanura que sólo limitaban las azuladas colinas del horizonte, algunos árboles cortados y medio secos y la ruina de un pórtico abierto sobre el vacío en lo alto de la orilla y una fila oblicua de pálidos carneros que iban al abrevadero, mientras que el pastor, apoyado de espaldas en una verde encina, contemplaba la escena. Belleza especial, amplia y rojiza, hecha con una nada, simplificando hasta la línea recta y plana, y el todo ennoblecido por los grandes recuerdos históricos; las legiones romanas atravesando la desnuda Campiña por las vías enlosadas; después el prolongado sueño de la Edad Media y luego después el despertar de la antigua naturaleza en la fe católica, la que, por segunda vez, hizo de Roma la señora del mundo.

Un día que Pedro había ido á visitar el Campo Verano, el gran cementerio de Roma, encontró al regresar al atardecer, á Celia en compañía de Benedetta á la cabecera del lecho de Darío.

—¡Cómo! ¿Os divierte, señor abate, el ir á visitar los muertos?—exclamó la princesita.

—¡Ah! ¡Estos franceses!—dijo Darío al que la sola idea de un cementerio desagradaba.—¡Echan á perder tontamente la vida con su afición á los espectáculos tristes.

—Pero—observó Pedro con mucha dulzura—no hay nada que escape á la realidad de la muerte; lo mejor es por lo tanto contemplarle cara á cara.

De pronto se incomodó Darío.

—¡La realidad! ¡La realidad! ¿Y á qué conduce? Cuando la realidad no es hermosa yo no la quiero mirar y hago esfuerzos para no pensar nunca en ella.

Con su aire tranquilo y sonriente el presbítero continuó á pesar de todo, diciendo cuánto le había sorprendido el buen orden del cementerio, el aire de fiesta que el sol de otoño le comunicaba y un lujo muy grande de mármol en todo, estatuas de mármol puestas sobre los sepulcros,

capillas de mármol, monumentos de mármol. Seguramente obraba allí el atavismo antiguo; los suntuosos sepulcros de la vía Appia surgían allí con su pompa y orgullo desmesurado en la muerte. En la altura en donde, sobre todo la nobleza romana tenía su barrio aristocrático, un montón de verdaderos templos, de estatuas colosales, de escenas con numerosos personajes, á veces de un gusto deplorable, pero que habían costado muchísimos millones. Y lo que llamaba la atención entre los tojos y los cipreses, era la conservación admirable, la intacta blancura de los mármoles, que doraban los ardientes estíos, sin una mancha de musgo, sin esas placas mohosas con que la lluvia marca las estatuas en los países del Norte y que las hacen tan tristes.

Benedetta, que hasta entonces permaneciera silenciosa, conmovióse con el malestar de Darío y al cabo interrumpió á Pedro, diciendo á Celia:

—¿Y la cacería fué muy interesante?

En el momento en que llegó el presbítero, estaba Celia, la princesita, hablando de una cacería de zorras á la que su madre la había llevado.

—¡Oh! ¡Qué cosa más interesante, querida, no hay nada que lo sea tanto!

La cita era por la tarde, allá cerca la tumba de Cecilia Metella, en donde habían establecido el *buffet* bajo una tienda de campaña. Había allí mucha gente; la colonia extranjera, los jóvenes agregados de las embajadas, oficiales, esto sin contarnos nosotros como es natural, todos los caballeros con levita encarnada, muchas señoras con amazona... La señal de partir se dió á la una y el galope duró más de dos horas y media, tanto porque la zorra fué á rendirse muy lejos, pero muy lejos... No pude seguir la caza, pero á pesar de eso lo presencié todo ¡oh! hubo cosas extraordinarias, pues han tenido que saltar todos por cima un muro muy elevado, franquear fosos, zanjas, setos, en fin, una carrera desenfrenada detrás de los perros... Han ocurrido dos accidentes... poca cosa, un señor que se dislocó una muñeca y otro que se rompió una pierna.

Escuchó Darío con pasión aquel relato, porque las cacerías de zorras constituyen el gran placer de Roma; la alegría de la galopada á través de esa campiña romana tan

llana, y sin embargo, tan erizada de obstáculos; la alegría de vencer las estratagemas de la zorra á la que persiguen los perros, sus continuas vueltas, su brusca desaparición algunas veces y su rendición al fin cuando cae molida de cansancio. El goce de la caza sin escopeta, la caza por el único placer de correr tras la cola de aquella alimaña, superarla en velocidad y rendirla al cabo.

—¡Ah!—exclamó con desesperación.—¡Qué estúpido es tener que estar encerrado en esta habitación! Aquí acabaré por morirme de aburrimiento.

Benedetta se limitó á sonreír, pero sin tristeza y sin lamentarse por aquel grito de egoísmo ingenuo, jella que se consideraba tan dichosa al tenerle allí, en aquella habitación en donde no recibía más cuidados que los suyos! Pero su amor, tan juvenil y á la vez tan prudente, tenía un no sé qué de maternal que la hacía comprender que Darío no se divertía al verse privado de sus distracciones favoritas, separado de sus amigos, á los que habían mantenido apartados por temor de que la historia del hombre descoyuntado les pareciese sospechosa. Ya no había fiestas, veladas pasadas en el teatro, ni visitas á las damas. Y sobre todo, lo que echaba más de menos era el Corso, siendo aquella falta para él un sufrimiento, una desesperación, al no poder ver ni saber, al contemplar de cuatro á cinco de la tarde cómo desfilaba Roma entera por allí. Por esto, cuando se presentaba un íntimo, todo eran preguntas interminables, si habían visto á uno, si aquel otro volvió á presentarse y cómo concluyeron los amores de un tercero, y si alguna nueva aventura trastornaba la ciudad, historia al menudeo, grandes hablillas de un día, intrigas pueriles de una hora en las que hasta entonces habíanse consumido todas sus energías viriles de hombre.

Celia, á la que agradaba darle cuenta de inocentes hablillas, después de una silenciosa pausa, añadió fijando en él sus ojos cándidos, sus ojos sin fondo de virgen enigmática:

—¡Cuánto trabajo cuesta el componerse un hombre!

¿Había adivinado la verdad aquella niña, cuya única preocupación era el amor? Cortado Darío, miró á Benedetta que continuaba sonriendo con aire plácido; pero ya la princesita había cambiado de tema,

—¡Ah! ¡Si supiéseis, Darío, ayer en el Corso he visto una dama!...

Y se calló sorprendida ella misma y apurada por aquella noticia que se la había escapado; pero después, con mucho ánimo, continuó, como amiga de la infancia que está enterada de todos los secretillos amorosos:

—Sí, á una linda personita á la que conocéis mucho y por cierto que, á pesar de todo, llevaba un ramo de rosas blancas.

Esta vez se rió Benedetta alegremente, mientras que Darío la miraba riéndose también. Los primeros días hablale dado broma porque una cierta dama no enviaba á preguntar por él. Aquella ruptura, hasta cierto punto natural, no enojaba á Darío, porque las relaciones empezaban á hacerse embarazosas, y por más que su fatuidad de buen mozo estuviese un tanto resentida, púsose contento al enterarse de que la Tonietta le había ya reemplazado.

—¡Ah!—se limitó á decir.—¡Los ausentes llevan siempre la peor parte!

—El hombre al que se ama, jamás está ausente—declaró Celia con su aire grave y puro.

Benedetta se puso en pie para arreglar las almohadas en que apoyaba la espalda el convaleciente.

—Vamos, Darío—le dijo—todas esas miserias han concluido; te guardaré á mi lado y no amarás á nadie más que á mí.

Contemplóla él con pasión, besándola en los cabellos porque Benedetta le decía la verdad, pues nunca había amado á nadie más que á ella. Tampoco se equivocaba Benedetta al pensar guardarle para siempre para ella sola en cuanto pudiese darse á él. Desde que le velaba en el fondo de aquella habitación, considerábase dichosa al encontrarle tan niño y tal cual le amara en otros tiempos bajo los naranjos de la villa Montefiori. Conservaba Darío una puerilidad extraña, debida sin duda al empobrecimiento de la raza, esa especie de retorno á la infancia que se observa en los pueblos demasiado viejos, y jugaban en su cama con estampas, ó pasaba horas enteras contemplando fotografías que le hacían reír. Habíase acrecentado mucho su incapacidad para sufrir y quería que Benedetta

estuviese alegre y cantase, divirtiéndola á ésta la gentileza de su egoísmo que le hacía soñar, que iba á llevar á su lado una vida de continuas alegrías. ¡Ah! ¡Qué bueno iba á ser vivir siempre juntos al sol, sin hacer nada, ni preocuparse por ninguna cosa, y aunque el mundo se hundiese en algún lado, no tomarse el trabajo ni la molestia de irlo á ver!

—Pero lo que me agrada más que todo—dijo bruscamente Darío—es que veo que al fin el señor abate se enamoró de Roma.

Pedro, que hasta entonces había escuchado en silencio, asintió con muy buena voluntad.

—Sí, es cierto.

—Estuvimos acertados al decirnos que se necesitaba tiempo, pero mucho tiempo, para comprender y amar á Roma—observó Benedetta.—Si no hubiésemos estado aquí mas que quince días, os habríais llevado una idea muy deplorable de nosotros, mientras que ahora, y después de pasados dos meses largos, estamos más tranquilos porque sabemos que siempre os acordaréis de nosotros con ternura.

Estaba deliciosamente encantadora al hablar así y Pedro se inclinó por segunda vez. Había reflexionado ya en el fenómeno y creía tener la solución. Cuando se llega á Roma, se lleva una Roma suya, una Roma soñada, de tal manera ennoblecida por la imaginación, que la Roma real es el peor de los desencantos. Es preciso esperar á que se forme la costumbre, el hábito, que la realidad mediocre se atenua para dar tiempo á la imaginación para que pueda trabajar de nuevo y para no ver las cosas tal cual son, mas que á través del prodigioso esplendor del pasado.

Celia se puso en pie para despedirse.

—Hasta la vista, querida, ¿conque muy pronto será ese casamiento? ¿No es verdad, Darío? Ya sabéis que quiero desposarme antes de fin de mes; ¡sí! ¡sí! Será un gran día y una gran fiesta que obligaré á mi padre que dé... ¡Ah! ¡Qué bueno sería que las dos bodas pudiesen celebrarse al mismo tiempo!

Fué á los dos días de ocurrir esto cuando Pedro, después de dar un largo paseo por el Transtibere, paseo al que siguió una visita al palacio Farnesio, comprendió que se iba

formando en su mente la terrible y melancólica verdad sobre Roma. Muchas veces había recorrido el Transtibere, cuya mísera población le atraía dada su conmovedora pasión por los míseros pobres y los que sufren. ¡Ah! ¡Qué cloaca de ignorancia y de miseria! Había tenido ocasión de ver en París rincones abominables de algunos barrios, ciudades espantosas en que la humanidad se pudría en montón; pero nada se acercaba á aquel estancamiento del abandono y la suciedad. Aun en los días más hermosos, días de ese espléndido país del sol, una sombra húmeda helaba las callejuelas tortuosas, ahogadas y semejantes á corredores de cueva. Y no había nada comparable á aquellos olores horribles; una náusea que oprimía la garganta al pasar, un hedor formado por los olores de legumbres agrios, aceite rancio del ganado humano encerrado allí entre sus propios excrementos. Era aquello un conjunto de casuchas irregulares, arrojadas en ese confuso desorden que tanto agrada á los artistas románticos, con puertas negras y abiertas, que se hundían en la tierra, escaleras exteriores que subían hasta los pisos más altos, balcones de madera que se sostenían en equilibrio, como por milagro sobre el vacío.

Había allí fachadas medio caídas que fué preciso sostener con vigas, y sórdidas habitaciones cuya desnudez veía-se desde la calle á través de ventanas sin maderas ni cristales; tiendas de comercio más ínfimo, toda la cocina al aire libre de un pueblo que reina la pereza y en el que no se enciende lumbre; las freiduras con sus platos de *polenta* (1) y sus pescados nadando en un aceite mal oliente; los vendedores de legumbres cocidas, exponiendo enormes nabos, apios, coles, espinacas frías y viscosas. La carne que vendían en las carnicerías estaba mal cortada, negra; y se veían cuellos de reses con sangrientos pingajos, como arrancados. Las fruterías no tenían más que pimientos y piñas de pino, con sus puertas adornadas con rastras de tomates secos y sujetos con un hilo. Las únicas tiendas de aspecto algo agradable eran las de salchicheros con sus salazones y sus embutidos, cuyo olor fuerte ate-

(1) Especie de gachas, confeccionadas con harina de maíz, agua y sal, alimento muy usual en Lombardía, especialmente entre los campesinos.

30814

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Calle 1025 MONTERREY, MEXICO

nuaba algo el infecto del arroyo. Las administraciones de loterías, con sus gigantescos números, alternaban con las tabernas; de éstas había una á cada treinta pasos y en ellas se anunciaban con grandes rótulos los vinos de los Castillos Romanos, Genzano, Marino y Frascati. Por todo el barrio agitábase una multitud hormigueante, llena de andrajos y cubierta de negra suciedad, bandadas de chiquillos medio desnudos y á los que se comían vivos los piojos, mujeres desgreñadas en mangas de camisa, con faldas sucias, llenas de grasa y que no hacían más que chillar y gesticular; viejos, sentados en bancos é inmóviles bajo el vuelo de los enjambres de moscas que los cubrían, toda una vida, en fin, ociosa y agitada, en medio del continuo ir y venir de carretoncillos arrastrados por asnos, de manadas de pavos guiadas á latigazos por algunos hombres y varios curiosos viajeros que lo examinaban todo con inquietud y sobre los que se arrojaban en seguida bandadas de mendigos. Algunos tachueleros instalábanse tranquilamente con sus viejos zapatos en la calle y allí trabajaban; en la puerta de un sastre veíase un cubo viejo lleno de tierra, convertido en maceta en la que crecía una planta grasa. Y en todas las ventanas, en todos los balcones, en cuerdas tendidas de un lado á otro, de casa á casa, á través de la calle, estaba puesta á secar la ropa, un adorno de andrajos sin fin y sin número que eran como otras tantas simbólicas banderas de aquella miseria abominable.

En su alma llena de fraternidad sintió Pedro que se elevaba un impulso de inmensa compasión. ¡Ah! ¡Sí! Había sido preciso derruir aquellos barrios de sufrimiento y de peste, en los que el pueblo se había corrompido durante tanto tiempo como en una cárcel envenenada y era partidario del saneamiento, de la demolición, aunque para ello hubiese que matar á la antigua Roma con gran escándalo de los artistas. El Transtibere estaba ya muy cambiado; nuevas vías lo despanzurraban, con agujeros, por los que después del pico demoledor había penetrado el aire y el sol que iluminaba aquel suelo infecto. Lo que quedaba parecía más negro, más inmundo, en medio de aquellos restos de derribos, de aquellas brechas recientes, de vastos solares en los que no habían podido reconstruir nada aun,

Esa ciudad en evolución le interesaba muchísimo; más adelante quizá concluirían de edificarlas, pero mientras tanto, qué hora más apasionada esa que en la ciudad antigua agonizaba en la nueva y á través de tantas dificultades. Era necesario haber conocido á Roma de las inmunicias, ahogada bajo los excrementos, las aguas de las alcantarillas y los restos de las verduras y las basuras.

El Ghetto, derribado recientemente, había, desde hacía tantos siglos impregnado de tal manera el suelo con la humana podredumbre, que de su emplazamiento, al quedar al descubierto, lleno de baches y de escombros, seguía exhalándose infame pestilencia. Hacían muy bien al dejarlo de aquella manera, para que se secase y se purificase con el aire y con el sol. En todos esos barrios de las orillas del Tiber, en los que se han emprendido trabajos de edilidad de mucha consideración, se encuentra á cada paso el mismo espectáculo. Se sigue una calle estrecha, mal oliente, de una humedad glacial, pasando por entre sombrías fachadas con tejados que casi se tocan y de pronto se va á parar á un claro, pero á un claro abierto á hachazos entre el bosque de vetustas casas leprosas. Encuéntanse en esos claros, plazuelas, anchas aceras, elevados edificios blancos, cargados de esculturas; pero todo el conjunto en estado de boceto, sin concluir aún, lleno de andamiajes y cerrado por toscas vallas. Por todas partes los comienzos de grandes vías proyectadas, un colosal taller de cantería que la crisis económica paró de repente y del que parece amenaza detener eternamente el trabajo; la ciudad de mañana detenida en su crecimiento, habiéndose quedado en tan angustiosa situación con sus comienzos desmesurados, demasiado precoces y que desentonan. Mas no por eso la obra dejaba de ser buena y sana, de una necesidad social indiscutible para una ciudad moderna, á no ser que dejase á Roma que se pudriese en el mismo sitio, lo mismo que si fuese una curiosidad de pasados siglos, una pieza que en un museo se guarda entre cristales.

Aquel día Pedro, al dirigirse desde el Transtibere al palacio Farnesio, en donde le estaban esperando, fuese por la calle de los Pettinari, después por la de los Giubbonari, la primera tan sombría, estrechada entre el gran muro negro del hospital y las casas miserables de enfrente; la segunda